

LAS RUINAS DE BELŸŨNEŠ O BULLONES

UNA COSTA YERMA

DESPOBLADA, solitaria está desde hace siglos casi toda la costa septentrional de Marruecos entre Tánger y Melilla. La vida humana retiróse de sus orillas. En sus 350 kilómetros largos de longitud, tan sólo ha perdurado sin solución de continuidad desde la época romana la ciudad de Ceuta, cuya situación casi insular en un lugar pasajero, fijó para siempre su destino marítimo y comercial, estrechamente unido al de al-Andalus.

El que bordea en barco esa faja costera, si prescinde de los establecimientos españoles, cuya fundación, desde los años finales del siglo xv, respondió sobre todo a razones militares, ve con extrañeza la ausencia de aldeas y villas marítimas en la desembocadura de ríos y ramblas y de otras, agrícolas y ganaderas, en lo alto de los acantilados, cuyo caserío se agrupase en torno a los alminares de las mezquitas. Y, como consecuencia, apenas verá el que realice ese pequeño y sugestivo recorrido de cabotaje, barcas de pescadores que animen y humanicen el espléndido paisaje, cerrado a medio día por las escabrosas serranías rifeñas.

Si el viajero posee alguna cultura histórica, pensará en el contraste entre lo que fue esa costa hasta el siglo xv y lo que ha sido desde entonces. Hubo en ella puertos y poblaciones que sostuvieron constantes y estrechas relaciones con los fronteros de la costa andaluza. Viajeros y geógrafos, como Ibn Hawqal en el siglo x y al-Bakrī en el xi, al describir las villas marítimas africanas, no olvidan mencionar las más próximas del otro lado del Estrecho de Gibraltar, al mismo tiempo que aluden a las colonias de andaluces establecidas en ellos. Unos y otros habitantes de ambas orillas pasaban a la seguros en su tierra nativa.

opuesta en busca de refugio y protección cuando no se sentían

Los estudios y excavaciones de Tarradell y de otros arqueólogos han demostrado que en la costa marroquí del Mediterráneo hubo en épocas remotas, antes del comienzo de nuestra Era, abundantísimos poblados, puertas por las que penetraba hacia la quebrada región interior un eco de la civilización oriental y del mar latino.

De toda esa vida intensa, tanto en la antigüedad como en la edad media, no quedan más testimonios que los literarios y algunos restos sumergidos bajo tierra, apenas desflorados.

Desde el siglo xv también, a la retirada de los habitantes de la costa a la zona montañosa interior, acompañó el asolamiento vegetal. El triste panorama actual de campos resecos y desnudos y montes descarnados es relativamente moderno; hombres y árboles desaparecieron a la par; un pueblo, en parte de vida y economía marítima, se convirtió en terrícola y rural, y, agazapado entre sus montañas, ha vivido en los últimos siglos aislado, de espaldas a los caminos del mar inmediato, como si habitara en el centro del continente. Abundantes referencias prueban que los poblados costeros se levantaban entre un frondoso arbolado (1).

Algunos hemos soñado con ver esa costa reintegrada a la vida y a la cultura, en comunicación íntima y constante con la Península ibérica y los demás países mediterráneos, y en ella nuevas ciudades populosas y activas, no trazadas a cordel con la seca regularidad de un urbanismo ya desterrado, sino organizada su estructura en armonía con la vida y la civilización islámicas, inteligentemente adaptadas a las imposiciones obligadas por el correr inexorable del tiempo. Entonces resucitarían algunas de las viejas ciudades yermas situadas en lugares admirables: al-Qaṣr al-Ṣagīr —Alcazarseguer—; Nakūr, en un sitio de óptimas condiciones, como es la bahía de Alhucemas, para un populoso asentamiento urbano, y Belŷūneš —Bullones—, valle en una ensenada del Estrecho, lugar de descanso durante siglos de los vecinos de Ceuta, oasis que fue de extraordinaria riqueza hortícola. Al cabo de seis siglos de abandono ni la naturaleza ni los hombres consiguieron borrar los vestigios de Belŷūneš. De ellos voy

(1) En apéndice, al final de estas páginas, incluyo algunos testimonios probatorios de la riqueza de arbolado de la zona costera del Rif en la edad media. Los creo de gran interés, pues demuestran sus posibilidades de repoblación forestal.

a ocuparme brevemente. No quisiera que estas páginas fueran su canto funeral; si la vida vuelve a ese admirable lugar, las ruinas subsistentes, cuidadosamente conservadas, deben de ser sus títulos tangibles de nobleza, a la vez que elementos inapreciables de estética urbana.

Los jóvenes podrán seguramente asistir a la resurrección de la costa rifeña; los viejos hemos de contentarnos con soñarla.

EL LUGAR

A unos ocho kilómetros al occidente de Ceuta hay un valle rodeado por altas y abruptas montañas, en gran parte de caliza desnuda, que lo aislan de las comarcas inmediatas, mientras se abre al mar, hacia norte, descendiendo en rápida pendiente a una cala o ensenada situada en la parte más angosta del Estrecho de Gibraltar. Descuella a poniente sobre todos esos montes, a la orilla del mar, la enorme masa del *jabal Mūsà* —monte de Mūsà, 850 metros de altura—, oculta casi siempre su cumbre por las nubes. Visible desde largas distancias, es accidente geográfico mucho más destacado que el *jabal al-Minā* —monte Acho, 194 m.—, de la península de Ceuta, al que disputa ser la columna de Hércules de la orilla africana.

La compañera de la opuesta ibérica es el monte Calpe de Gibraltar (425 m.). Ambas fueron hitos colocados por el héroe griego a la entrada del Océano, allí donde se unen los dos mares.

Las aguas han ido socavando durante miles de años las montañas que circundan en parte el valle de Bullones —nombre castellano moderno del dominado por el *jabal Mūsà*—, para formar cuevas y oquedades que rompen la continuidad de sus murallas de roca, peñas tajadas cortadas a pico muchas de ellas. Desde el semicírculo de la playa, el valle asciende en rápida pendiente hacia mediodía; a medida que se eleva, la vegetación disminuye. Lo cortan terrazas en escalón, a modo de gradas de un gigantesco teatro romano, hasta su parte alta, rota tan sólo por el estrecho cauce del barranco, camino para la comarca de Gumāra. El paisaje es grandioso, a escala de titanes; mitiga su dureza la amplia y alegre visión del Estrecho y la vegetación espontánea, matorral bajo, sobre todo, algunas higueras salvajes y pobres acebuches, restos de la espléndida que cubrió el valle hace siglos. A la elevación de las montañas circundantes debe

la riqueza de manantiales que brotan en las laderas, en el interior de las grutas y hasta en la misma playa. Entre el verde de la vegetación resaltan algunas blancas casitas moras y, por todas partes, sobre todo en las terrazas, se distinguen muros ruinosos y algunas torres medio caídas, mostrando su estructura interna.

La situación del valle en la parte más angosta del Estrecho, en una ruta marítima muy pasajera desde tiempos remotos; el aislamiento y protección de las montañas que le rodean y convierten a la ensenada en fondeadero seguro a cubierto de todos los vientos; la playa, que permitía el fácil desembarco a los pequeños navíos de la antigüedad y de la edad media; la abundancia de manantiales propicios para la aguada, y el cómodo cobijo en las cuevas naturales, excelente almacén de mercancías, hicieron de Bullones una estación ideal, frecuentadísima por navegantes, corsarios y piratas desde épocas remotas.

EL SUPUESTO ANTRO DE CALIPSO

A principios de siglo, el erudito y humanista francés Víctor Bérard, gran conocedor de los poemas homéricos, emprendió un sugestivo periplo por el Mediterráneo con intento de localizar los viajes de Ulises. En una obra monumental, famosa por entonces, trató de demostrar, con dialéctica y ciencia admirables, la seductora teoría de que hacia mediados del siglo IX antes de J. C. los rapsodas de la Odisea se habían inspirado para componer el gran poema en relatos de viajes de los marinos fenicios de Tiro y Sidón.

Al llegar Bérard al valle de Bullones, encontró en él excelente apoyo para su intento de localización de los viajes de Ulises. Allí estaba la caverna, habitación de Calipso, la diosa de hermosa cabellera, hija de Atlas, el dueño y guardián de las columnas que separaban cielo y tierra, en la que aquélla retuvo durante siete años al prudente Ulises hasta que acudió a libertarle Hermes, cumpliendo órdenes de Zeus y a ruegos de Atenea. A la entrada del antro pudo extender sus hojas y pámpanos una vigorosa viña, cargada de racimos, y en sus contornos elevarse el frondoso bosque de alisos, chopos y olorosos cipreses descritos en el poema. Allí brotaban los cuatro manantiales

a los que alude y cuyas aguas se perdían en mullidas praderas en las que crecían perejil y violetas (2).

Las seductoras identificaciones geográficas de Bérard han sido combatidas por varios eruditos y filólogos, que afirman ser la Odisea obra por completo de ficción; tiempos y lugares carecen de realidad; su geografía es imaginada, no real, e imposible, por tanto, de restablecer (3). Las flotantes sombras de Calipso y Ulises no han encontrado en el valle marroquí, en el que hubiera sido sugestivo hallar un recuerdo del primitivo mundo griego, su asiento definitivo.

BELŲŇNEŠ DESDE ROMA HASTA EL SIGLO XVI

Es dudoso que en la ensenada de BelŲŇneš hubiera una estación romana; ningún resto de esa civilización se dice aparecido allí. Fundándose en Ptolomeo, Tissot, seguido por Bérard, situó en ella Exilissa (4), localización incierta que otros eruditos niegan.

La vida histórica de Bullones comienza para nosotros a comienzos del siglo VIII, cuando los árabes cruzan el Estrecho e inician la conquista de la Península ibérica. Según un texto anónimo que el Sr. García Gómez cree procede de un manuscrito del «*Fath al-Andalus*» (5), Mūsà ibn Nuṣayr se embarcó (en ramadān del 93/junio del 712) en el monte de los Monos (*ġabal al-Qisada*), lugar llamado (sin duda posteriormente, cuando escribía el anónimo autor) puerto de Mūsà (*marsà Mūsà*), para desembarcar en Algeciras e internarse en España (6).

El geógrafo oriental Ibn Ḥawqal, visitante de al-Andalus en el reinado de 'Abd al-Raḥmān III (300/912-350/961), escribió que

(2) Victor Bérard, «*Les Phéniciens et l'Odysée*», 2 vols., París, 1902, I, pp. 149-150, 174-175, 190, 240, 243-244, 253-256, 263; 268; 271; 274-275, 281, 283-285, 291, 294-295, 299 y 301, y «*Calypso et la mer de l'Atlantide*», París, 1929, pp. 352-353.

(3) Jérôme Carcopino, «*Le Maroc antique*», París, 1943, pp. 57-65; Gabriel Germain, «*Genèse de l'Odysée, Le fantastique et le sacré*», París, 1954.

(4) Tissot, «*Recherches sur la géographie complète de la ... Tingitanen*», ap. «*Mém. Acad. Inscr. et Belles Lettres*», t. IX, 1878, pp. 169; Bérard, «*Les Phéniciens et l'Odysée*», I, p. 283.

(5) «*Novedades sobre la crónica anónima titulada "Fath al-Andalus"*», apud. «*Ann. Inst. Et. Arabes*», XII, Argel, 1954, p. 41.

(6) «*Unas cuantas noticias acerca de la conquista de España*», apud. «*Historia de la conquista de España de Abenalcotia el Cordobés*», trad. de don Julián Ribera, Madrid, 1926, texto, p. 198; trad., p. 171.

por entonces Ceuta era la única ciudad africana que seguía en poder de los omeyas cordobeses, en unión del pequeño puerto vecino, habitado por beréberes y conocido por *marsà Mūsà*, que, a su juicio, pronto caería en poder de los fatimíes (7).

En la segunda mitad del siglo XI, el geógrafo español al-Bakrī menciona a *marsà Mūsà* como buen fondeadero en el que desembocaba un río; en su orilla hubo antes un castillo, derruido por los Banī Muḥammad y los Maṣmūda en el año 302/914-915. Reconstituido por al-Nāṣir, fue de nuevo derribado por los últimos en 340/951-952. Los habitantes de Ceuta acostumbraban ir de caza a ese lugar. No había otro en el que abundaran tanto los monos como en *marsà Mūsà*. Desde éste, sigue diciendo al-Bakrī, al describir el itinerario marítimo de Tánger a Ceuta según Muḥammad ibn Yūsuf, se va a *marsà Belṣūneš* (8), puerto en una aldea así llamada, bien poblada y abundante en árboles frutales. A su occidente, había un arroyo cuyas aguas se perdían en el mar, después de mover las ruedas de varios molinos (9).

Idrīsī, nacido en Ceuta a mediados del siglo XII, sitúa el *jabal Mūsà* a dos millas de esa ciudad, montaña así llamada, dice, por Mūsà ibn Nūṣayr (10).

(7) Ibn Ḥawqal, «*Masalik*», nueva edic. de Z. H. Kramers, Leiden, 1938, p. 79, según cita de E. Lévi-Provençal, «*España musulmana*», trad. de Emilio García Gómez, tomo IV de la «Historia de España» dirigida por Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1950, n. 21 de la p. 448; «*Description de l'Afrique par Ibn Haukal*», trad. Slane, París, 1842, p. 30. Según Lévi-Provençal en la edic. francesa de su obra citada, en párrafo no incluido en la versión española, Almanzor mandó hacer importantes obras de fortificación en Ceuta, proseguidas hasta su muerte, al mismo tiempo que construyó en Belṣūneš, a la orilla del mar, una residencia regia entre jardines, protegida por una fortaleza que dominaba la ribera. Los poetas árabes, sobre todo los de los siglos XIII y XIV, cantaron la gran *munya* de Belṣūneš. El sabio arabista no invoca autoridad alguna en apoyo de su afirmación (E. Lévi-Provençal, «*Histoire de l'Espagne musulmane*», t. II, París, 1950, p. 260).

(8) Al-Bakrī, al parecer, es el primero que cita el topónimo Belṣūneš, castellanizado luego en la forma Bullones. Dícese procede del románico hispánico *bunyolex* (viñedos). (Francisco Javier Simonet, «*Glosario de voces ibéricas y latinas usadas entre los mozárabes*», Madrid, 1888, p. 62; Georges S. Colin, «*Etymologies magribines*», apud. «*Hespéris*», VI, 1926, pp. 59-60).

(9) «*Description de l'Afrique septentrionale par el Bekri*», trad. Slane, Argel, 1913, texto, pp. 240-241; trad., pp. 207-208.

(10) «*Description de l'Afrique et de l'Espagne par Idrīsī*», edic. Dozy y de Goeje, Leiden, 1866, texto, p. 167; trad.; pp. 199-200.

Más explícito Ibn Sa'īd (605/1208-1209 o 610/1213-1214—673/1274 o 685/1286), en unos versos citados por Maqqarī, pondera a Belyūneš «lugar de recreo de Ceuta», sus valles y ruedas hidráulicas (11).

Abū-l-Fidā' (672/1273-732/1331) repite algunos años después ser el más famoso lugar de recreo de los alrededores de esa ciudad. Regado por abundantes arroyos, estaba cubierto de jardines. Alude también a sus molinos y a la gran cantidad de monos de la montaña inmediata. Y termina reproduciendo unos versos del poeta y cadí de Ceuta Ibn 'Iyāḍ, de la primera mitad del siglo XII, alusivos al desierto e ingrato camino que conducía al jardín de Belyūneš, comparable al peligroso puente que los fieles musulmanes debían de cruzar para alcanzar el Paraíso (12).

La ensenada de Belyūneš era lugar de embarco y desembarco por entonces de las gentes que se dirigían de Marruecos a la Península y de las que hacían el camino contrario. En dū-l-qa'da del año 692/octubre 1293 atravesó el Estrecho y desembarcó en Belyūneš el rey de Granada Ibn al-Aḥmar (Muḥammad II), camino de Tánger, para solicitar ayuda contra los cristianos del sultán mariní Abū Ya'qūb (13).

En 1342 fue escenario el puerto de Bullones de un combate naval. El rey de Marruecos, Abū-l-Ḥasan, y el de Granada hicieron armar ochenta galeras para combatir a la flota castellana que guardaba el Estrecho mientras Alfonso XI asediaba Algeciras. El almirante mayor de éste, don Egidiol, envió diez galeras a combatir a las doce armadas en Bullones, de las que cuatro fueron quemadas, dos 'hundidas y apresadas las seis restantes (14).

Refiere al-'Umarī en el siglo XIV que las gentes de Ceuta bebían agua llevada por mar desde Belyūneš y otros lugares de recreo pró-

(11) Al-'Umarī, «*Masālik al-abṣār fī mamālik al-Amṣār*», I, «*L'Afrique, moins l'Egypte*», trad. Gaudetroy-Demombynes, París, 1927, p. 197. La cita de Maqqarī «*Analectes*», I, p. 471 (edic. de 1302 H.).

(12) «*Géographie d'Aboulfeda*», trad. Reinaud, t. II, primera parte, París, 1848, p. 169.

(13) Ibn Jaldūn, «*Histoire des Berbères*», t. cuarto, trad. Slane, Argel, 1856, p. 133.

(14) «*Crónica del rey D. Alfonso el oncenno*», apud. «*Crónicas de los reyes de Castilla*», t. I, colección ordenada por don Cayetano Rosell, Madrid, 1875, cap. CCLXIII, p. 338.

ximos. En su playa brotaban manantiales cuyas aguas, divididas en pequeños arroyos, se perdían en el mar. Según el mismo autor oriental, *marsà Mūsà* (el puerto de Moisés) había decaído, suplantado por el cercano de *Qasr al-ṣagīr* (Alcazarseguer) (15).

El siglo XIV parece haber sido el de máxima vitalidad y esplendor de Belḡūneš, reflejo del de Ceuta, a la que estuvo siempre íntimamente unida. Poseemos una detallada descripción de ambas en los últimos años de ese siglo y en los primeros del siguiente, antes de que la conquista portuguesa de Ceuta en 1415 y la ocupación de Belḡūneš interrumpiera su vida próspera. El autor de la descripción, Muḥammad al-Anṣārī, habitaba en la aldea de Bazbag, cercana a Belḡūneš, y debía de ser amante apasionado del edénico rincón marroquí en el que tenía la suerte de vivir, en el que crecían árboles frutales de variedad y lozanía extraordinarias que morosamente se complace en describir. Pero al-Anṣārī terminó su descripción en 825/1422; se trata, pues, de recuerdos nostálgicos de una situación de florecimiento interrumpida brusca y definitivamente por la conquista portuguesa.

Al-Anṣārī se refiere a una Ceuta enriquecida por la industria y el comercio marítimo, cuyos traficantes poseían espléndidas residencias de descanso en el escondido y delicioso valle de Belḡūneš. En ellas, apartados del tráfico de la ciudad marítima, rodeada de tierras y montes escasos de vegetación —recuérdense los versos antes aludidos de Ibn 'Iyād—, podían creerse en el Paraíso (16).

Belḡūneš estaba formada por varios núcleos próximos de habitación (*manāzil*). El más bello llamábase *maqbarat al-Ṣuyūj*; había en él espléndidos y regios vergeles y jardines. Menciona al-Anṣārī los ochenta y seis manantiales y arroyos que movían cincuenta ruedas de treinta y nueve molinos. Había ciento veintiséis baños, veinticinco en *jandaq Raḥma*; diecinueve mezquitas, cuatro en ese lugar y las restantes,

(15) Al-'Umarī, «*Masālik al-abṣār*», trad. Gaudefroy-Demombynes, páginas 197-198.

(16) El texto árabe de al-Anṣārī ha sido publicado por E. Lévi-Provençal, «*Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle. L'Ijtisār al-aḥbār de Muḥammad b. al-Qāsim ibn 'Abd al-Malik al-Anṣārī*», apud. «*Hespéris*», XII, 1931, pp. 145-176). Trad. al portugués por Joaquim Figanier, «*Descrição de Ceuta muçulmana no século XV*», apud. «*Revista da Faculdade de Letras*» (Lisboa), XIII, 1947.

entre ellas la mayor, con tres naves, dos patios y un bello almimbar de seis gradas, en las aldeas inmediatas; veinticinco tiendas (antes fueron más abundantes); dieciséis hornos; una alhóndiga (*fundaq*) extramuros, en la playa de al-Kaṭṭāra, llamada *sāḥil al-ḥijāra* (costa de las piedras), en la desembocadura del arroyo de Amezzār. Había también *maṣānī'*, *qubbās*, tazas de fuente de mármol, algibes y conductos de agua corriente. Protegían la aglomeración fuertes muros, roto su frente del mar por cuatro puertas y por una del lado de tierra, enchapadas de hierro. A la defensa contribuían varias torres fuertes o *burġs*: el *burġ al-Qaṣṣārīn* a la orilla del mar; el *burġ al-Gawn* en BelŶŭneš; el de mayor importancia, el *burġ al-suwayḥila* (torre de la riberita o de la orillita), castillo al que llegaba el agua mediante un artificio. Abundaban las plantas y flores odoríferas, arrayán, jazmín, lirios, narcisos, rosas, claveles, violetas y menta. Enorme era la producción de frutas variadísimas, exportadas por vía marítima al Magrib y a al-Andalus: uvas, higos, manzanas, albaricoques, ciruelas, membrillos, peras, moras, cerezas, granadas, almendras; nueces, avellanas, castañas, cidras y limones. Completaban la vegetación arbórea pinos y palmeras y algunos olivos.

La conquista portuguesa de Ceuta produjo el despoblamiento de la comarca en torno, cuyos habitantes se retiraron a la inmediata zona abrupta y montañosa (17). En 1418, el monarca portugués don Juan concedió el valle de Bulhões —así llaman las crónicas lusitanas a BelŶŭneš— al caballero Juan Pereira, escudero del infante don Enrique, en premio a sus servicios. Temporalmente, y no sin riesgo, habitaba Pereira una grande y bella torre de Bulhões, construida sobre rocas, a la orilla del mar, en la que tenía guarnición bien avituallada. Su disfrute fue breve, pues la perdió el mismo año de la concesión.

El cronista portugués Zurara, en obra redactada de 1458 a 1463, dice estar situada Bulhões en la parte central del Estrecho de Gibraltar, en un lugar en el que las sierras llegan al borde del mar. Allí tenían los musulmanes sus casas de campo con huertos y jardines encantadores, entre abundantes torres y hermosas construcciones, pin-

(17) Según el cronista Zurara, citado *infra*, el conde don Pedro de Meneses, gobernador de Ceuta de 1415 a 1437, decía que en Bulhões, así como en cuatro leguas en torno de aquella ciudad, no habitaba nadie.

tadas para realzar su belleza, tan numerosas que parecían formar una aldea (18).

No debió de conocer el ya desolado valle Juan León el Africano, pues en su «*Descripción de Africa*», fechada en Roma en 1526, tan sólo escribe al tratar de Ceuta, refiriéndose, sin duda, a tiempo algo remoto, que fuera de ella había «espléndidas propiedades con magníficas casas, especialmente en un lugar que, por la abundancia de viñas», se llamaba *vignoes* (19).

De la situación real de Belŷūneš en el siglo XVI nos informa, aunque con enojosa brevedad, Nicolás Clénard, que, procedente de Gibraltar, y después de muy penosa travesía, desembarcó en la ensenada, al pie —dice— de un valle solitario en el que no vio más que pobres casas árabes en ruina (20).

Mármol Carvajal, mejor informado o más cauto que León el Africano, describe Belŷūneš en su «*Descripción general de Africa*», publicada en Granada en 1573, como un «hermoso valle, donde dicen que en el tiempo de su prosperidad auía grandes eredades, y muchos jardines, y casas de placer, y que era cosa hermosa ver la frescura del, porque era todo arboledas, parrales y viñas, y por esto le llamaron Valdeviñones. Todas las otras partes del término de esta ciudad (Ceuta) son ásperas y no nada fértiles» (21).

Yermo y olvidado continuó el antes fecundo valle hasta nuestros días (22).

(18) Gomes Eanes de Zurara, «*Chronica do Conde Don Pedro de Meneses*», publicada por José Correia da Serra en su «*Collecção de livros inéditos de historia portugueza*», tomo II, Lisboa, 1792. La cita es de don Roberto Ricard, «*Le Maroc septentrional au XVe siècle d'après les chroniques portugaises*», apud. «*Études sur l'Histoire des Portugais au Maroc*», Coimbra, 1955, pp. 19-22 y 29.

(19) «*De la descripción de Africa*», por Juan León Africano, [Ceuta], 1952, p. 164. La primera edición: «*Della descrizione dell'Africa e delle cose notabili che quivisono*», Venecia, 1550.

(20) R. Le Tourneau, «*Notes sur les lettres latines de Nicolas Clénard relatant son séjour dans le royaume de Fez (1540-1541)*», apud. «*Hespéris*», XIX, 1934, p. 47.

(21) «*Libro tercero y segundo volumen de la primera parte de la descripción general de Africa, con todos los sucessos de guerra y cosas memorables*», Por el veedor Luys del Marmol Caruajal, Granada, 1573, libro cuarto, cap. L, folio 127 v.

(22) A pesar de su situación en lugar tan pasajero como el Estrecho de Gibraltar y de su proximidad a Ceuta, el valle y las ruinas de Bullones han seguido casi totalmente ignoradas, con olvido de sus posibilidades para el em-

LAS RUINAS

Si los frondosos vergeles han desaparecido por completo, de los edificios medio ocultos entre ellos aún quedan algunos restos. Los ladrillos de sus muros y bóvedas se aprovechan por los naturales para la construcción de humildes viviendas.

Sobre los abundantes restos de construcciones, casi totalmente caídas y ocultas por la vegetación espontánea, destacan varias torres defensivas, gallardamente erguidas, a pesar de sus grandes quebrantos y mutilaciones. Todas están rotas, abiertas, mostrando su estructura interna, formada por varios pisos de cuyas bóvedas tan solo subsisten los arranques. Una hay a la entrada por el camino de Ceuta, protección sin duda del acceso al valle por ese ingreso. Las restantes están en sus mesetas. Probablemente cada vivienda de importancia tuvo su torre defensiva, refugio de sus moradores en caso de alarma.

Para el que conoce Toledo, la fábrica de estas torres le recordará la arquitectura mudéjar castrense de la ciudad castellana, capital del orientalismo peninsular. Idénticos son los muros de las torres del valle marroquí a los que desde Toledo se propagaron por la España central a fines del siglo XIII y hasta el XV, llegando a Burgos hacia el norte y a Segura de la Sierra hacia mediodía (23). En efecto, los muros de las torres de BelŶŭneš tienen esquinales de ladrillo con machos de mayor a menor y cajones intermedios de mampostería, de 21 a 24 centímetros de altura, entre verdugadas de uno, dos o tres ladrillos, lo mismo que la torre toledana llamada modernamente Baño de la Cava o las del alcázar de Escalona. Casi todas sus ventanas, abiertas en la parte alta de los muros, como es de rigor, son adinteladas,

plazamiento de agrupaciones urbanas de tipo residencial y de explotaciones agrícolas. Tan sólo se ha instalado allí una factoría ballenera. Por sugestión mía fue hace pocos años a Bullones una excursión de alumnos de la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid que redactaron un proyecto de estación residencial y de turismo para ese lugar, enviado a una exposición de Arquitectura celebrada en San Pablo (Brasil).—Entre las pocas páginas escritas sobre Bullones pueden verse las de don Enrique Arqués, *«Tierra de Moros. El castillo encantado»*, II, apud. *«Africa»*, a. XII, 1936, pp. 10-15.

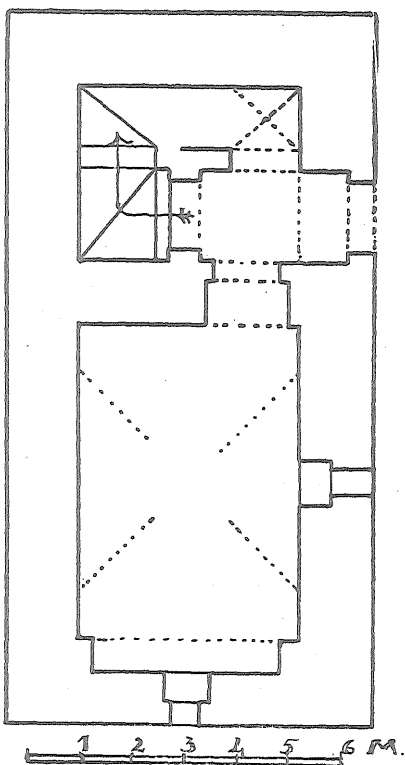
(23) La fábrica de muros de cajones de mampostería entre hiladas de ladrillos es frecuente en los monumentos almohades, de los que la heredaron los posteriores a ambos lados del Estrecho. Sus comienzos en la arquitectura musulmana de Occidente y su área de difusión no han sido estudiados.

con dintel, desaparecido, de tabla, y arco de descarga de ladrillo. Otros huecos se cierran por arriba en arco escarzano. Hay torres de planta cuadrada; la de otras es rectangular. Tuvieron bóvedas de medio cañón, de arista y de espejo. Este último tipo de bóveda, que resulta de cortar las esquifadas por un plano horizontal, fue muy usado en

Marruecos en la época mariní y en la Península en la Granada de los nazaríes. Las fábricas de ladrillo de muros y bóvedas tienen gruesas juntas de mortero.

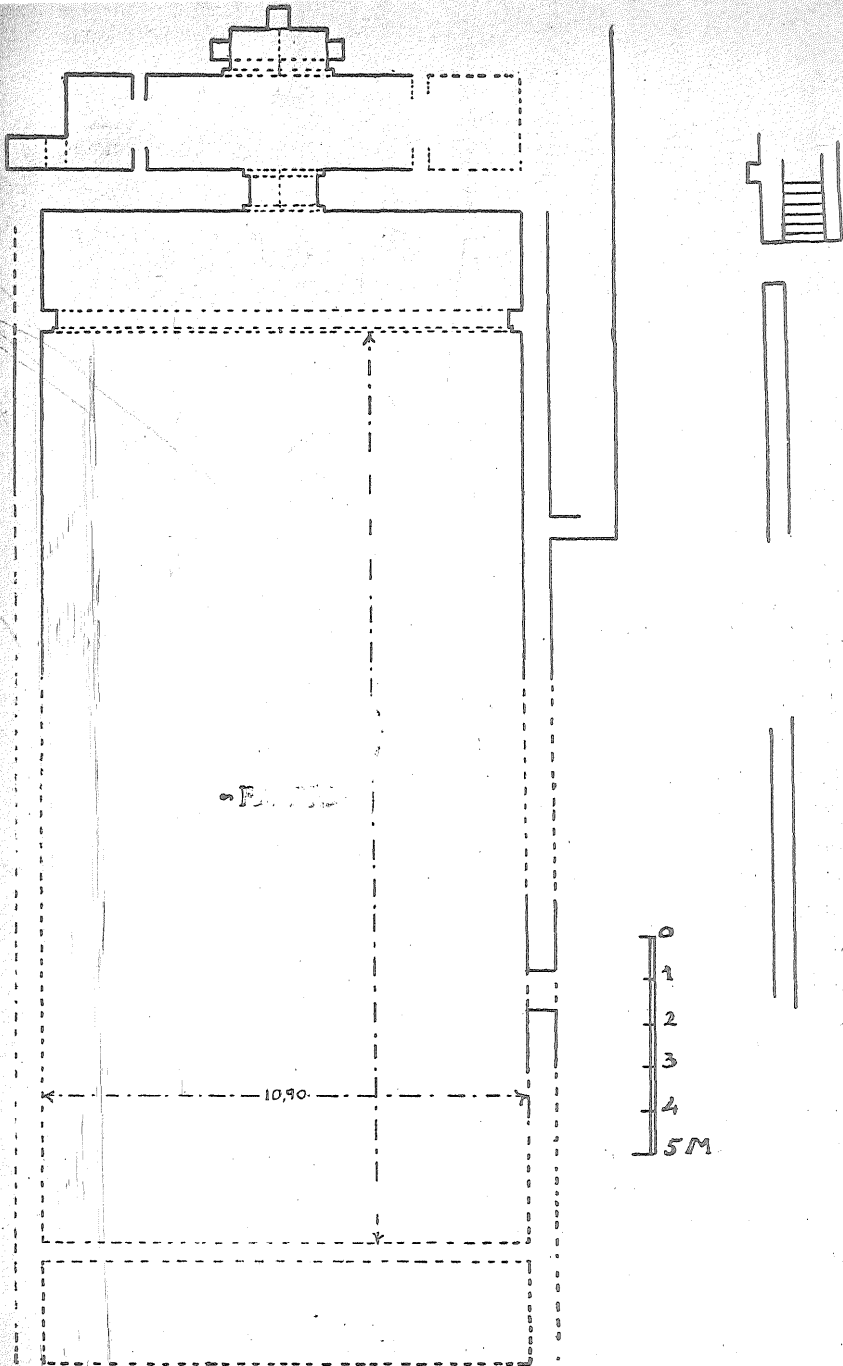
Por la situación de una de las torres, rectangular, de 6,40 por 4,60 metros, al borde del acantilado, sobre la playa, tal vez pueda identificarse con el *burj al-suwayhila* citado por al-Ansārī y, con mayor certeza, con la que disfrutó Juan Pereira por breve tiempo. Conserva una solería de losetas de barro sin vidriar, de 22 por 28 centímetros, y otra de barro vidriado, formada por rombos y cenefas negras sobre fondo blanco. Tuvo tres pisos o plantas y, como todas, terraza en lo alto.

En algunos restos de muros desmochados, al pie de las torres, quedan vestigios de zócalos pintados sobre estuco, muy borrosos —están a la intemperie—, formados por cintas curvas y rectas de



Planta baja de una de las torres de Beljūneš.

colores negro y rojo, entrelazadas para dar origen a complejas composiciones decorativas. Zócalos ornamentados semejantes empleó el arte almorávid y los posteriores. Estos de Beljūneš, en trance de desaparecer, a los que más se asemejan es a los de la Alhambra de Granada y a varios fragmentos, existente uno en la parte baja del



Planta del edificio en ruinas situado sobre la playa de Beljūneš.

alminar de Chella y conservados los otros en el Museo Arqueológico de Córdoba (24).

Cerca de las ruinas reseñadas hay muros de dura argamasa y una alberca de 18,00 por 5,40 metros y 0,65 de profundidad.

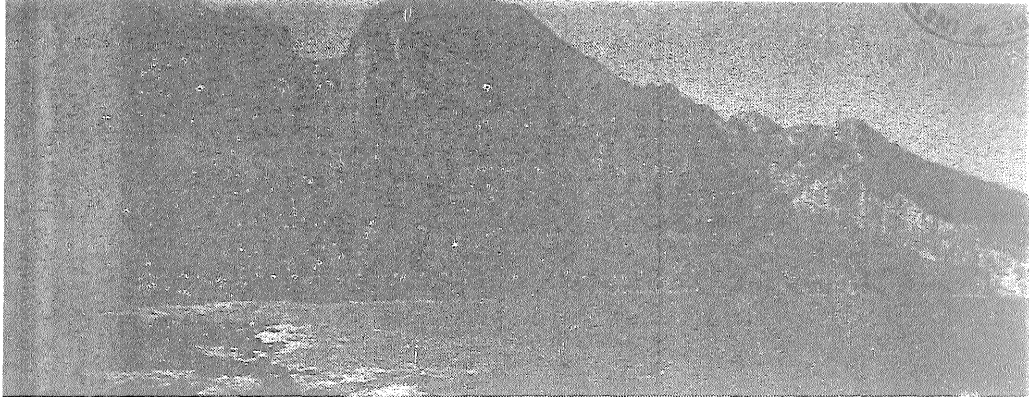
Estos restos de construcciones —otros muchos menos visibles quedan esparcidos por la extensa superficie del valle— pertenecen a edificios levantados en época mariní, probablemente en el siglo XIV.

Más abajo, sobre y junto a la playa, se ven las ruinas de una vivienda de cierta importancia. Colaboran desde hace siglos a su destrucción el abandono y la naturaleza. Grandes bloques de rocas calizas descompuestas, caídos del acantilado que la domina, aplastaron en gran parte sus muros. Los regatos que corren por lo que fueron sus salas para perderse en la playa, han dado origen a una vigorosa vegetación parásita que contribuye eficazmente a la destrucción de las fábricas de ladrillo, singularmente lozanas higueras salvajes cuyos fuertes troncos retorcidos aprisionan, con abrazo mortal, los muros de aquel material.

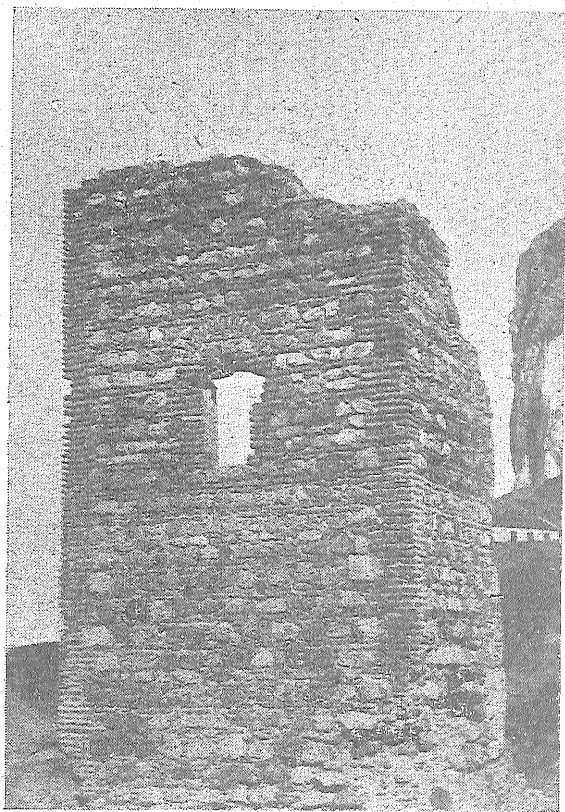
Aún se reconoce en esa vivienda un patio rectangular, de 10,90 por 20,95 metros —tal vez tiene alberca central—, con pórticos de 2,30 de ancho en sus lados menores, a norte y mediodía, según la manera andaluza. Queda parte de una de las pilastras de arranque del meridional. A su fondo, en el eje, se abría un arco agudo de ladrillo, de 1,55 metros de luz. ingreso a una estrecha sala rectangular de 2,20 por 6,05. Frontero hay un nicho de la misma planta, de 2,20 de luz y un metro de profundidad, cubierto con bóveda de medio cañón agudo. En el fondo de éste se abre, a su vez, otro de 50 centímetros de ancho, que entra otro tanto en el muro, y se repite a los costados con dimensiones algo más reducidas. Estos tres son adintelados y tuvieron planchas de tabla.

Es curioso hallar a tan escasa distancia de las costas andaluzas y entre disposiciones arquitectónicas y elementos decorativos de honda raigambre en la arquitectura musulmana de la orilla opuesta del Estrecho, una vivienda o pequeño palacio con esos nichos cuya

(24) Leopoldo Torres Balbás. «Los zócalos pintados en la arquitectura hispanomusulmana», apud. «Al-Andalus», VII, 1942; R., «Restos de una casa árabe en Almería», apud. «Al-Andalus», X, 1945; «Artes almorávide y almohade», por Leopoldo Torres Balbás, Madrid, 1955.

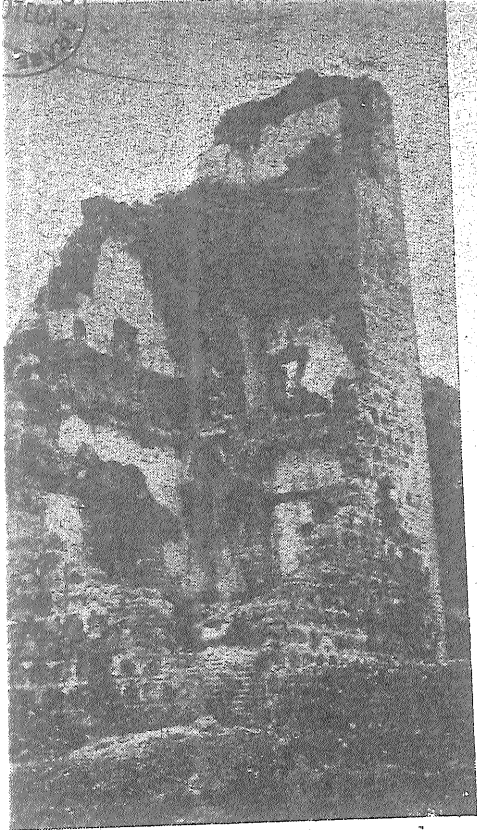


La ensenada y el valle de Beljūneš.

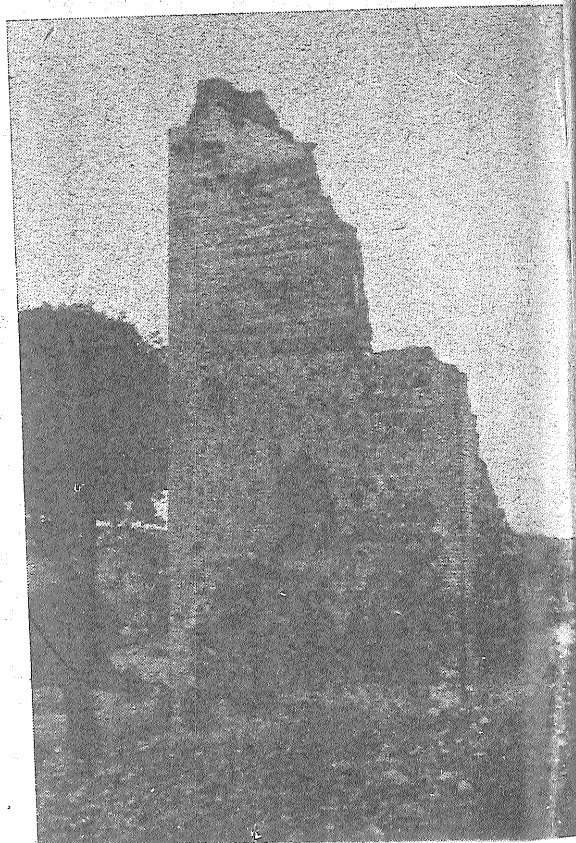


Torre en Beljūneš.

**Torre en ruinas
en el valle de
Belýñes.**

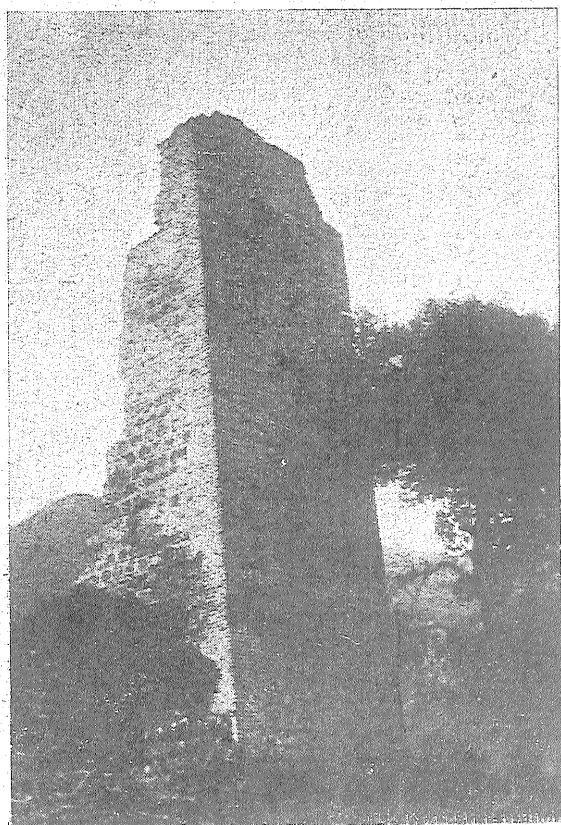


**Torre en el valle
de Belýñes.**

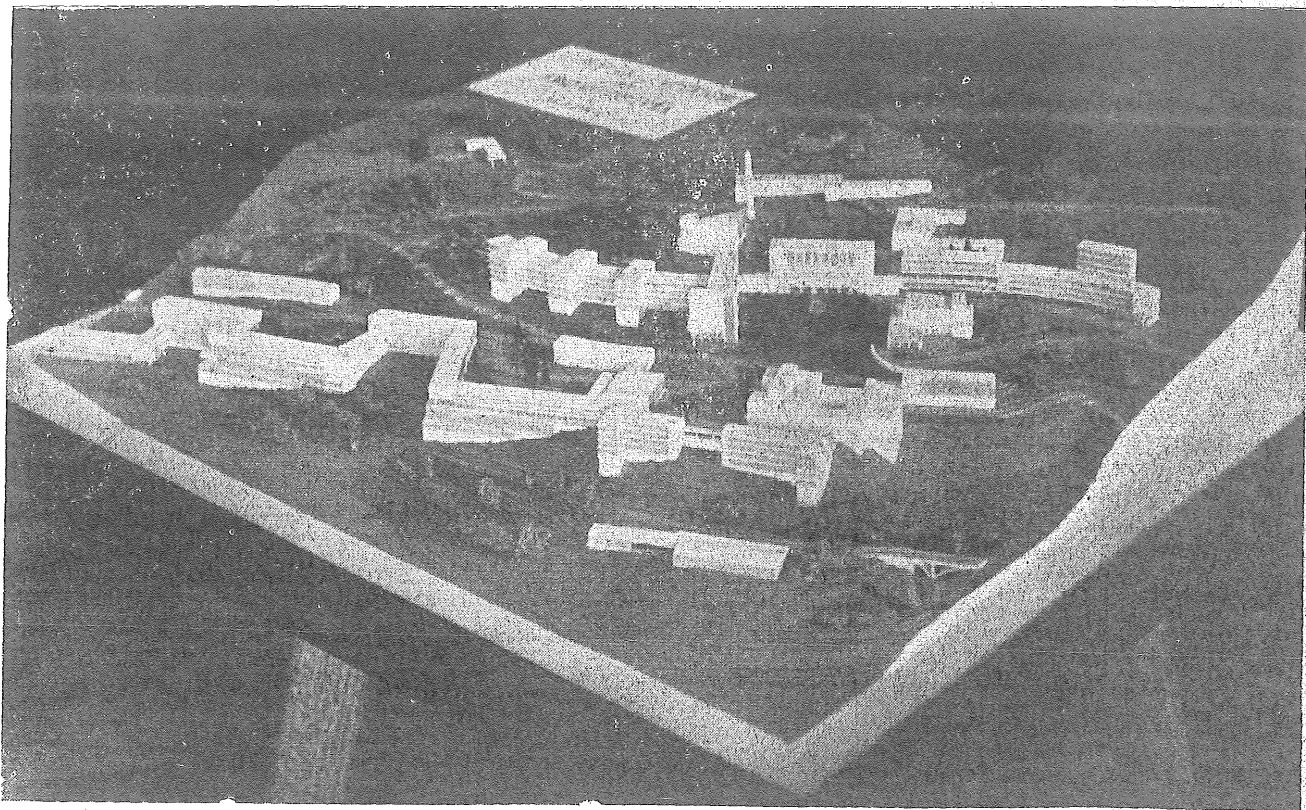




Restos de zócalos pintados en las ruinas de Belýüneš.



**Torre en
Belýüneš.**



**Modelo del anteproyecto de una ciudad de residencia y turismo
en el valle de Belȳuneș.**

lejana génesis oriental ha estudiado el Sr. Marçais (25). Se los encuentra en el siglo IX en las casas excavadas de Fustāt (el viejo Cairo); a fines del XI en los palacios de la Qal'a de los Banū Ḥammād (Argelia) y en los monumentos sicilianos del siglo XII. La vivienda de la playa de BelŶŪneš parece ser posterior y no muy lejana cronológicamente de los demás restos reseñados.

Con la imaginación vemos el valle de Bullones en el futuro poblado de casas modernas, sin ostentaciones arquitectónicas de mal gusto, edificios de una arquitectura mediterránea en armonía con la tradición y el paisaje, medio ocultos entre frondosas arboledas y frutales, como estuvieron en el siglo XIV. Junto a ellas, los restos milagrosamente conservados de los de entonces, como noble ejecutoria de un pasado glorioso. Subsiste el paisaje admirable; no han variado ni el clima suave ni el ambiente luminoso; los manantiales siguen brotando entre las rocas y la tierra aguarda paciente desde hace siglos el esfuerzo humano que restablezca la riqueza agrícola perdida y reconstruya los bellos edificios. El valle de BelŶŪneš puede ser en el futuro un lugar maravilloso de residencia, como lo fue antaño, de economía próspera, merced a sus productos agrícolas, capaz de sustentar a crecido número de gentes que labren con amor su suelo, en un ambiente de paz y concordia (26).

(25) G. Marçais, «Salle, antisalle, Recherches sur l'évolution d'un thème de l'architecture domestique en pays d'Islām», apud, «Annales de l'Institut d'Études Orientales», Faculté des Lettres de l'Université d'Alger, t. X, Argel, 1952, pp. 274-301.

(26) Las fotografías que acompañan a estas páginas fueron hechas en 1941 por el arquitecto don José Blein, a cuya bondad debo su inclusion en ellas.

APÉNDICES

I

BELŶŪNEŠ Y SUS CONTORNOS HACIA 1400, SEGUN LA DESCRIPCION DE AL-ANŠĀRĪ (27)

«Describiré ahora la alcarria de Belyūneš (*qaryat Binyūneš*), muy nombrada, cuya fama excede a la de cualquier otra aldea y es mayor que la de Ši'b en el lejano 'Irāq.

Hay en ella ochenta y seis fuentes y arroyos. De estos últimos, el de mayor caudal y provecho es el de Amezzār. Los baños públicos de los arrabales (*arbi'a*) son ciento veintiséis: veinticinco están en *Jandaq Raḥma*, la alcarria inmediata, y a ellos se extiende el régimen de favor de que goza, respecto a la exención de repartos e impuestos. [nota marginal: Permanecen aún en Belyūneš las ruinas de un vasto baño: hay una gran fuente y restos de su bóveda, así como vestigios de pequeños baños de época cristiana]. El agua de los arroyos mueve cincuenta muelas, instaladas en treinta y nueve molinos. [Un molino por bajo del lugar llamado *al-mā' al-maḥṭūr* ha sido reconstruido por el difunto sultán Sidi Muḥammad ibn 'Abd al-Raḥmān, pero las obras no están terminadas. En la región de Āwīyāt quedan todavía las ruinas de unos diez molinos, cuatro de ellos con dos muelas].

Había en este lugar veinticuatro caseríos (*manāzil*). El más bello era el llamado del *maqbarat* (cementerio) *al-ṣuyūj*. Comprendía vergeles y jardines espléndidos y regios. El número de mezquitas llegaba a diez y nueve, cuatro en *Jandaq Raḥma* y las restantes en la aldea.

(27) Como antes se dijo, el texto árabe de esta descripción fue publicado por E. Lévi-Provençal: «Une description de Ceuta musulmane au XVe siècle, *L'Iṭīṣār al-Ajbār de Muḥammad b. al-Qāsim ibn 'Abd al-Malik al-Ansārī*», avud. «Hespéris», t. XII, 1931, pp. 145-176; en la p. 170 y sigs. la descripción de Belyūneš. Generosamente me comunicó Lévi-Provençal la traducción francesa, de la que he hecho la adjunta versión española.

Entre estas últimas estaba la mezquita en la que se celebraba la *ṣalāt* (oración) del viernes. Tres eran sus naves y dos sus patios; a su bello alminbar se subía por seis peldaños. La fecha de construcción leíase en una losa de mármol blanco sobre el costado de su puerta oriental. El arroyo de '*Unṣur al-lawz*', antes citado, corre junto al lado este de la mezquita. Hay veinticinco tiendas, pero dicen que antes era mayor su número.

Los hornos eran diez y seis, diseminados en las calles de los caseríos [nota marginal: Se conservan restos de dos, así como vestigios de una alhóndiga (*fundaq*)].

En la playa de al-Qaṭṭāra no hay más que una alhóndiga [nota marginal: Se la llama ahora *sāḥil al-ḥiṣāra* (costa de las piedras). Los muros del *fundaq* están aún en pie], fuera de murallas, en la desembocadura del citado arroyo de Amezzār, que, más arriba, se ramifica hacia la derecha y hacia la izquierda. En la aldea (cerca de la aldea, en el lugar conocido por *al-Abiāg*, está la alcarria *al-Qassārīn*, a la orilla del mar. La alcarria *al-gawn* se halla por debajo de esta, en la aglomeración de BelŶŪneš) existen obradores regios; soberbios baluartes, cuyas puertas están enchapadas de hierro; cúpulas; pilas de mármol; conductos de agua y una alberca provista de agua corriente. La obra más bella es la famosa alcarria *al-suwayḥila* (de la riberita o de la orillita), de notables forma y aspecto; la domina un castillo, al que llega el agua mediante artificio, circulando por todo él. Los caminos y senderos de la aldea están protegidos por los muros y baluartes de las puertas. Cuatro de estas se abren en el frente del mar, mientras hay solo una del lado de tierra, y dos senderos, uno situado entre las dos montañas y el otro por encima de *al-'Ayn al-ḥamrā'*. No hay en ellos edificios a causa de la gran pendiente del terreno.

La aldea produce tal cantidad de frutos de verano y de otoño, de diferentes especies y de variedades tan numerosas que los navíos vienen a llevárselas al Magrib y a España. Entre los árboles que fructifican en otoño están la viña, de la que hay sesenta y cinco clases y variedades; las higueras, con veintiocho especies; los manzanos, de las que hay quince; seis existen de melocotones; cuatro de membrillos; una sola de cornejos, que no se encuentran en el Magrib; de azufaifos hay dos clases; diez y seis de granados; cuatro de almen-

dros, una de ellas, de fruto amargo, tiene virtudes terapéuticas; nueve especies los nogales en la aldea de Binyūnēš y en las de los alrededores de Ceuta; su recolección es de gran provecho económico; los avellanos, con una sola variedad; los castaños, que compiten con los nogales en abundancia de fruto, pues lo producen en las aldeas de la comarca en cantidad increíble. Son muchas sus variedades; yo conozco diez y ocho, pues abundaban en nuestras tierras de la aldea de Bazbag. Escaseaban los olivos, de los que había tres especies. Dos eran las de los algarrobos, una buena y mala la otra; tres las de los pinos, reducibles a dos. Existían palmeras, pero en estas regiones septentrionales no daban fruto.

Entre los árboles que fructifican en verano, citaremos los albaricoques, con diez y siete variedades; Ceuta es el lugar extremo en que se encuentran esos frutales. También ciruelos, con catorce variedades; perales, con treinta y seis familias o variedades; moreras, con dos, de moras blancas y negras, respectivamente; la primera escasea y no se encuentra en Ceuta y en su distrito más que en el vergel contiguo a la residencia del emir Abū Tālib al-'Azafī, en el interior de la ciudad. Ya se mencionó el número de especies de las higueras, que producen en verano higos-flores, llamados por las gentes *bākūr*.

Tres son las variedades de los cerezos, cuyos frutos reciben el nombre de *ḥabb al-mulūk*; hay pocos de estos frutales, pues a los ceutíes no les interesan a causa de su escaso rendimiento.

Entre los frutos que maduran en invierno están la cidra, de la que hay dos variedades, una dulce y otra amarga; abundan las primeras, mientras tan sólo se encuentran las agrias en Ceuta y en su región, en muy escaso número, en el territorio de los Magkasa: estos frutos tienen la propiedad de disolver las perlas, a las que convierten en algo semejante a esperma. Entre los agrios, hay que mencionar el limón (naranja dulce), con dos variedades, que se recolecta dos veces al año; el limón y la cidra con una sola especie. Todos los árboles que producen los frutos enumerados crecen en la alcarria y en las restantes regadas por arroyos y manantiales. La caña de azúcar se cría sobre todo en la alcarria de Matannān, existiendo tres variedades. En el interior de Ceuta hay numerosos plátanos, cuyo fruto se cosecha en todo tiempo.

Entre las flores odoríferas deben citarse el arrayán, con tres variedades, llamadas *mašriqī* (oriental), *ša'tarī* (tomillo) y *šabalī* (se-

rrana); el jazmín, de una sola clase, como el lirio, el toronjil y la mejorana. De alelíes hay cinco variedades, tres de rosas, dos de narcisos, claveles, violetas y menta. Finalmente, no hay que olvidar la flor de azahar.

La alcarria está en alto, abrigada a mediodía por las montañas y abierta hacia el mar. Ventilada por el viento del norte, cumple las condiciones ideales definidas por los médicos por su buen aire, excelentes aguas y temperatura uniforme. En la comarca, a más de Binyūneš, hay otras alcarrias de suelo fértil y de buena producción. Para las cosechas de frutos de otoño, entre los que están todas las especies y variedades antes citadas, las alcarrias más señaladas son: la de Abū Kūras, la de Āwīyāt, la de los Banū Mašāla, Wādī 'Ayn al-Qašr, Wādī 'Ilyān, Wādī Firās y otras aldeas situadas a la orilla de los arroyos. Han adquirido reputación por sus frutos estivales, de extraordinaria abundancia, mi alcarria de Bazbag y las restantes aldeas costeras. En éstas, los molinos que muelen la harina para los habitantes de Ceuta suman cuarenta y tres, ventidós de ellos en la alcarria de Āwīyāt, doce en la de los Banū Mašāla, uno en Wādī 'Ilyān, siete en Marsà Mūsà, alcarria renombrada por la abundancia de sus higos dulces, incomparables por lo fino de su piel, su sabor y calidad. Los últimos molinos citados están sobre un arroyo de notable caudal; desde allí salió Mūsà ibn Nuşayr para atravesar el Estrecho. Otro molino hay en Wādī -l-Maqşara que depende de la aldea de Bazbag.

En este resumen no debo de extenderme más sobre las tierras de labor y siembra, los caseríos y cortijadas que se suceden sin interrupción desde las alcarrias mencionadas hasta el extremo del Rif a oriente y Qaşr Kutāma, donde comienza la comarca de al-Hibṭ, a poniente. No me entretendré en enumerar los rebaños, manteca, miel, cera, frutos frescos y secos, arroyos y corrientes de agua que cruzan la región, las especies arbóreas, los bosques de cedros, de encinas, de tejos, de bojes, que producen variadas y excelentes maderas; los yacimientos de minerales de hierro y de y otros productos de los que se aprovecha la región inmediata a Ceuta, utilizados para las construcciones navales y lo que se refiere a la preparación de la guerra santa.

Todo esto se encuentra en el territorio próximo a la ciudad, que de ello se beneficia; hay pocos lugares en que dichos productos se encuentren reunidos en forma parecida. Considera, pues, lo que era tan rica comarca y lo que supone para los musulmanes su pérdida... Pido a Allāh que nos otorgue el favor de restituírnosla, de que vuelva a ser como antes era y que dé eficacia a las lanzas y a los venablos para abatir a sus enemigos...

Terminó la recopilación del contenido de esta obra en la mañana del lunes, primer día de la luna del mes de rabī' I bendito del año 825 (23 febrero 1422)».

II

TESTIMONIOS DE LA EXISTENCIA DE ARBOLADO EN LA COSTA RIFEÑA ANTES DEL SIGLO XVII

En la segunda mitad del siglo XI escribió al-Bakrī que *al-Qasr al-Awwal*, es decir, Alcazarseguer, estaba rodeado de extensos plan- teles de arbolado (28).

Según Ibn Hamādo al-Burnūsī al-Sabtī, cronista magribí de la primera mitad del siglo XII, nacido en Ceuta, en su «*Historia de la conquista del Magrib*», Ifrīqiya era a fines del siglo VII una tierra cubierta por la sombra de los árboles desde Trípoli hasta Tánger, frondosa vegetación destruida en la revuelta de la famosa Kāhina (29).

Al mediar el siglo XII describía Idrīsī, natural también de Ceuta, el país de Gumāra como montuoso y arbolado (30).

En el siglo siguiente Ibn Sa'īd refiere que la madera de los montes de Gumāra se empleaba para la construcción de navíos (31).

(28) «*Description de l'Afrique Septentrionale, par al-Bakrī*», texto, página 238; trad., p. 206.

(29) E. Lévi-Provençal, «*Un nouveau récit de la conquête de l'Afrique du Nord par les arabes*», apud. «*Arabica*», I, 1954, p. 40.

(30) «*Description de l'Afrique et de l'Espagne par Idrīsī*», texto, p. 170; trad., pp. 203-204.

(31) Juan Vernet Ginés, «*Marruecos en la geografía de Ibn Sa'īd al-Magribī*», apud. «*Tamuda*», I, Tetuán, 1953, p. 255.

Entre los barrancos de las montañas rifeñas, noticia Ibn Jaldūn en el siglo XIV, había pastizales, tierras laborables y sotos semejantes a jardines (32).

De la abundancia de árboles, sobre todo frutales, en BelŶŪneš y sus inmediaciones, hace cumplida referencia al-Ansārī, hacia 1400, en la descripción antes reproducida.

En carta de 1504 a 1505 señalaba un anónimo agente de don Fernando el Católico la conveniencia de destruir Vélez de la Gomera, pues allí tenían los moros «madera de los alerces, que los hay en Vélez y muchos y no en otra parte de la costa», con los que construían barcos para dedicarse a la piratería (33).

Aún en el siglo XVI la riqueza forestal de la costa rifeña no había desaparecido, como prueban las descripciones de León el Africano y Mármol Carvajal. Según el primero —su obra está fechada en Roma en 1526— los moradores de las montañas de Anyera cortaban los árboles de sus bosques para surtir el arsenal de al-Qaṣr al-ṣagīr. En la comarca del Rīf existían muchos bosques de bellos y erguidos árboles. Abundaban también en la pequeña ciudad marítima de Terga. En los altos y ásperos montes de los alrededores de Vélez, se encontraban buenas maderas para galeras y fustas; los montañeses vivían de su transporte a diversos lugares. Alrededor de Ielles (Cuatro torres de Alcalá), en la costa, se extendían muchos montes cubiertos de pinos. Abundaban los bosques en los montes próximos a Tegassa, también a la orilla del mar, pequeña ciudad visitada por León (34).

Medio siglo después Mármol Carvajal copia al Africano. En el puerto de al-Qaṣr al-ṣagīr «se hazían y armauan algunas fustas, porque ay muy buena madera para ellas en las sierras al derredor». Tenían los moros de Vélez «buen aparejo de madera en las sierras

(32) Ibn Jaldūn, *«Histoire des Berbères»*, trad. Slane, II, París, 1927, p. 134.

(33) Villa Amil y Castro, *«Berbería en tiempo de Cisneros»*, ap. III, según cita de Marcos Jiménez de la Espada, *«La guerra del moro a fines del siglo XV»*, Ceuta, 1940, p. 16.

(34) *«De la descripción de Africa y de las cosas notables que en ella se encuentran»*, por Juan León Africano, «Publicaciones del Instituto General Franco», [Ceuta], 1952, pp. 168-172: La primera edición de esta obra se escribió en italiano y fue publicada en Venecia en 1550.

de alrededor, donde hay muchos árboles, alcornoques y alerces para hacer navíos, tanto que los beréberes tienen por granjería cortar de aquella madera y llevarla a vender a otras partes» (35).

Confiemos en que algún día, al mismo tiempo que las gentes del interior vuelven a poblar las ciudades reconstruidas de la costa, el arbolado vaya cubriendo las tierras hoy calvas del litoral.

(35) «Libro tercero y segundo volumen de la primera parte de la descripción general de Africa» ... por Luys del Mármol Carvajal, Granada, 1573, cap. LIIII, f.º 125 v.º